



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad



Editorial
ITM

CONVERSACIONES EN LA U

Un encuentro literario entre
Alejandro Villa y Pablo Montoya



CONVERSACIONES EN LA U

Un encuentro literario entre
Alejandro Villa y **Pablo Montoya**



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad

Conversaciones en la U / Institución Universitaria ITM. Departamento de Biblioteca y Extensión Cultural. (2025). – Medellín: Institución Universitaria ITM, 2025.

58 p. : il.

ISSN p: 0123-8094

ISSN-e: 2346-3104

Catalogación en la publicación – Biblioteca ITM

©Institución Universitaria ITM

Rector

Alejandro Villa Gómez

Director editorial

Mauricio Vanegas Gil

Profesional universitario

Clara María Mejía Zea

Corrección de textos

Martha Cecilia Caballero Jerez

Diagramación y diseño

Julio Mauricio Raigosa Álvarez

Manuela Escobar Ortiz

Fotografías

Sebastián Zapata

Solicitud de canje

Biblioteca ITM

Calle 75 n.º 75-101

Medellín, Colombia

<https://www.itm.edu.co/biblioteca/>

biblioteca@itm.edu.co

Teléfono: 604 440 5100 Ext. 5164

©Sello Editorial ITM

Teléfono: 604 440 51 00 ext. 5197

<http://catalogo.itm.edu.co>

editorialitm@itm.edu.co

Impresión:

Divegráficas S.A.S

Carrera 50 n.º 35-62

Teléfonos: 6043225096 | 3117336021

divegraficas@gmail.com

Medellín, Colombia

Impreso en Colombia –

Printed in Colombia

Institución Universitaria ITM | Vigilada Mineducación. Reconocimiento de carácter académico: Resolución 6190 del 21 de diciembre de 2005, Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Decreto 180 del 25 de febrero de 1992, Minjusticia. Renovación acreditación institucional de alta calidad, 8 años: Resolución 013595 del 24 de julio de 2020, Mineducación.

DESDE LA BIBLIOTECA vincula la ciencia, la tecnología y el arte para promover la cultura científica, tecnológica y artística mediante la selección y divulgación de textos fundamentales.

Un encuentro literario entre
Alejandro Villa y Pablo Montoya



Pablo Montoya es autor de relato, poesía y ensayo. Ha ganado premios como el Germán Vargas y varias becas de creación literaria, entre ellas una para escritores extranjeros del Centro Nacional del Libro de Francia. Gracias a la beca de creación literaria que le otorgó el Municipio de Medellín, pudo construir la novela por la que fue galardonado con el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos 2015, *Tríptico de la infamia*.

Montoya compagina la escritura con su labor como profesor en la Universidad de Antioquia, institución que también le ha brindado sustancial apoyo para las investigaciones que nutren de datos históricos sus novelas. En su más reciente obra, *Marco Aurelio y los límites del imperio*, recrea el perfil del emperador romano.

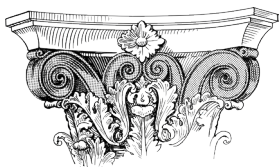




Alejandro Villa Gómez

es abogado y magíster en Estudios Políticos; fue docente de diferentes universidades del área metropolitana y asesor jurídico de municipios como Medellín, El Retiro, Sabaneta y Caldas. Desde 2021 es el rector de la Institución Educativa ITM. Es un amante de las letras con un profundo gusto por el trabajo de Fernando Pessoa y las traducciones de los autores nórdicos y del centro de Europa, aunque en los últimos años se ha acercado también al pensamiento de Byung-Chul Han. A raíz de esto, ha centrado sus intereses investigativos en la relación de la política y la literatura.



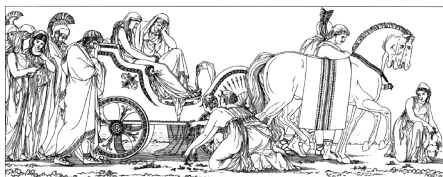


El escritor Pablo Montoya conversó, en el marco de la Feria del Libro ITM 2025, con Alejandro Villa Gómez, rector del ITM, de su más reciente novela, *Marco Aurelio y los límites del imperio*, que recrea la figura del emperador romano. Conociendo de antemano el interés por la obra de Montoya, la Editorial ITM comparte con los lectores esta interesante entrevista entre dos reconocidos amantes de las letras.

« De tal manera que a los 12 o 14 años, cuando tenía más capacidad de lectura, pude leer esos libros en sus versiones originales, más largas, más extensas. Entonces, menciono a mi mamá porque yo he sido, más que un escritor, un lector. »
Pablo Montoya

Pablo Montoya y Alejandro Villa comparten sus intereses en la 17 FERIA del Libro ITM 2025.





Alejandro Villa

Conversaré con Pablo de **su más reciente libro *Marco Aurelio y los límites del imperio***, y quiero comenzar por esos inicios de interés, del gusto por la literatura, en qué momento y a partir de qué asuntos comienza a definirse esa decisión de vida, esa postura vital por escribir. Quisiera que comenzáramos a hablar de ese tema: el vínculo entre Pablo Montoya como persona y la literatura, las lecturas y luego el oficio de escritor.

Pablo Montoya

En realidad soy hijo de una mamá que leyó mucho; el hijo de una mujer ya adulta. Nací cuando mi mamá tenía 42 años. Cuando ella estaba entrando en la menopausia y yo era un chico de 7 años, decidió incrementar su lectura.

Mi madre hacía siestas, generalmente por las tardes, pero por ese fenómeno físico se le fueron las siestas. Yo llegaba de la escuela y encontraba a una mujer, ya con el pelo encanecido, leyendo libros. Por fortuna, ella me invitó a que leyera esos mismos libros.

Creo que es debido a la presencia de mi mamá que fui un niño lector. Mi mamá estimuló profundamente mis lecturas, las vigilaba; hacía censuras porque era una mujer muy devota, muy católica y, evidentemente, yo no podía leer todo lo que se me atravesara, sino que ella me iba pasando los libros que consideraba más decentes, más comprensibles. Pero mi mamá me compró en aquel entonces una pequeña colección de libros, de clásicos resumidos e ilustrados que se llamaba la *Colección Juvenil Ilustrada* de Salvat. Eran unos tomitos de cien páginas y resulta que ahí estaba la trampa,

¿no? Ahí estaban *Edipo rey*, la *Divina comedia*, *Don Quijote de la Mancha*, *Madame Bovary*... Eran resumencitos, repito. Pero por ahí se me entró el *gusanillo peligroso* de la literatura.

De tal manera que a los 12 o 14 años, cuando tenía más capacidad de lectura, pude leer esos libros en sus versiones originales, más largas, más extensas. Entonces, menciono a mi mamá porque yo he sido, más que un escritor, un lector.

Cuando llegó la hora de elegir una carrera (yo era hijo de un médico y mi padre quería que también lo fuera), entonces estudié Medicina en la Universidad de Antioquia, unos cuatro semestres y, finalmente, terminé yéndome a estudiar música a Tunja. Pero en realidad siempre pensaba en aquel entonces, cuando era músico, que lo que yo quería ser era escritor. Seguía leyendo, **empecé a escribir el género más difícil que es la poesía**. Pero en realidad me fue mejor con los cuentos. Empecé a ganar concursos regionales, nacionales y en Tunja; creo que haber ganado esos concursos me mostró que en realidad tenía un posible talento para escribir. Pero fue en París, cuando fui a estudiar Literatura, era un hombre ya



«Resulta extraño para muchos que un escritor colombiano escriba sobre la Roma antigua». Pablo Montoya.

de 30 años, donde decidí finalmente dejar la música y dedicarme completamente al oficio tanto de ser profesor de literatura como de ser escritor.

A.V.: Hablábamos ahora también sobre esos intereses literarios, unos temas y problemas que figuran en su obra. Le contaba a Pablo que el encuentro con su obra fue a partir de *Lejos de Roma* y el exilio de Ovidio, y también de otros libros que he tenido la posibilidad de leer: *Cuadernos de París*, *La escuela de música*, *La sombra de Orión* y *Los derrotados*, y la obra

con Marco Aurelio, de la que hablaremos, por supuesto. Quisiera destacar las preocupaciones por el tema del poder, la poesía, el asunto de los fenómenos sociales, la música, por supuesto; y hablando de un especial interés por lo político o histórico-político, la presencia de Roma, Roma desde *civitas* o ciudad, su transformación en república, la concepción del imperio. Háblanos de eso: de tu interés por Roma, para irnos acercando a Ovidio y luego a Marco Aurelio.

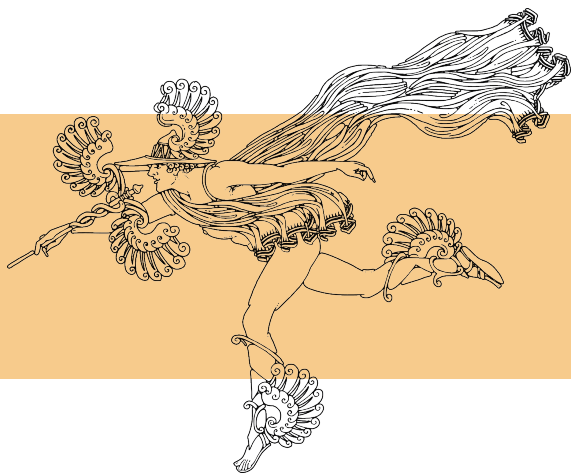
P. M.: Resulta extraño para muchos que un escritor colombiano escriba sobre la Roma antigua. **Es como si existiese la idea de que los escritores que deben escribir sobre Roma son los escritores europeos o los norteamericanos pero no los colombianos.** Los colombianos que en realidad han escrito —los escritores colombianos, quiero decir— sobre Roma, no son muchos, pero hay casos importantes y por aquí, por Colombia, pues ha pasado también la tradición grecolatina. Recordemos que en el siglo XIX, en Bogotá, hubo un círculo de gramáticos y políticos muy interesados en Roma: Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez, José Manuel Marroquín, Miguel Abadía Méndez. Hay varios personajes

importantes en nuestra historia política y literaria que se ocuparon de Roma.

Pero obviamente yo no me ocupé de Roma porque los leí a ellos; yo me ocupé de Roma por otras circunstancias. Cuando viví mi exilio en París, sentía que necesitaba escribir sobre ese tema. Había escrito un libro al que te referiste ahora, Alejandro, que se llama *Cuaderno de París*, en el que hablaba un poco de esa experiencia del exilio en clave colombiana, en clave latinoamericana y en clave poética, pero sentía que se me habían quedado muchas cosas en el tintero a la hora de escribir sobre el exilio y decidí escribir una novela en la que pudiese dialogar desde mi condición de exiliado con la tradición exiliar de Occidente. Y ahí fue cuando encontré a Ovidio que es, quizás, el emblema letrado del exilio. Recordemos que Ovidio padeció el destierro en la época de Augusto.

Y dije, «¡Eh, qué bien, puedo utilizar a este personaje». Y me di cuenta de que los últimos años que vivió Ovidio el exilio, allá en ese bastión romano, que hoy es un pueblito de Rumania llamado Costanza, o una ciudad más

bien; ahí murió Ovidio. Pero de esos 15, 16 o 17 años del exilio de Ovidio, en realidad sabemos poco. Entonces, decidí meterme en Ovidio y dejé que Ovidio se metiera en mí. Pero fue entonces a partir de esa experiencia literaria que comencé a indagar en Roma, en lo que significa Roma para nosotros, no para los colombianos en general, sino para los hombres del siglo XXI. Y para los del siglo XX, porque por siglos hemos sido atravesados por el desplazamiento, por el exilio, por las persecuciones políticas. Y creo que la literatura contemporánea está profundamente afincada a esa experiencia del exilio. Por eso, no me resultó completamente ajeno escribir una novela sobre el exilio en clave romana, como tampoco me pareció extraño ni pedante escribir una novela que reflexione sobre el poder desde la figura de Marco Aurelio. Entonces, pienso en lo que un escritor debe hacer cuando se enfrenta a una situación histórica y literaria como es la Roma antigua. ¿Qué debe hacer? En principio debe leer sobre ese período, debe documentarse. Eso es lo principal para no escribir cualquier tontería. Segundo, debe viajar, es decir, en lo posible ir y visitar los vestigios de Roma que están diseminados por muchas partes.



Pero no es obligatorio viajar, porque entonces está el tercer ingrediente, Alejandro, que es la imaginación literaria.

En ese último punto, es donde el escritor se juega el todo por el todo; es decir, deja que la brújula de la escritura literaria sea la imaginación. **En mi caso es una imaginación literaria que está acompañada de una investigación histórica,** de archivo y también de viajes, porque creo que la experiencia del viaje me ha permitido escribir estas novelas de artistas o novelas históricas que abordan Roma, la Roma

antigua, la Francia del siglo del Renacimiento, la España del periodo Barroco, y, por supuesto, vienen las otras obras que se ocupan particularmente de Colombia, de Medellín, de la violencia. Creo que giro u oscilo entre esos dos movimientos; uno que me manda a esa Medellín y Colombia que hemos vivido en las últimas décadas o que yo viví de algún modo y que están atravesadas por la violencia social. El otro movimiento serían mis pesquisas, mis intereses que tengo concentrados en lo que en literatura se llama lo *extraterritorial*, es decir, voy más allá de mi territorio, de mi terruño colombiano y me meto en esas otras coordenadas.

A.V.: Muy bien, hablar de Roma, Pablo, también supone tener en cuenta, creo, varios elementos en la cultura y en la tradición occidental; la importancia de Roma, creo que tiene varios elementos. Primero, la expresión de poder, del dominio como expansión de un territorio para fortalecer un imperio; segundo, la presencia de la guerra, que está en Marco Aurelio muy fuerte, como estrategia de defensa, por supuesto. La construcción de ese

pragmatismo es muy clara en los romanos a la hora de resolver problemas. Ejemplo, toda la construcción del sistema jurídico romano y del que nosotros, de cierta manera, recibimos un influjo o bebimos, por decirlo de otra forma.

Pero hay un asunto muy particular, retomando a Ovidio y a Marco Aurelio, y es la conexión con Grecia que tiene Marco Aurelio, la formación, el gusto también por la tradición griega, lo mismo en Ovidio. Un poco lo que rodea ese denominado periodo helénico o el helenismo, cínicos, estoicos, epicúreos, neoplatónicos y místicos, para citar cinco corrientes, escuelas, formas de ver la vida, de entender el mundo a partir del pensamiento. **Quiero también irme acercando a Marco Aurelio, el emperador romano,** el filósofo emperador, el estoico, bueno, tantos calificativos para explicar la vida de este hombre.

¿Qué te motiva? Te lo he escuchado en otros momentos, pero me gustaría que nos contaras un poco esa intención de comenzar esta novela que inició en mayo de 2020; estamos hablando de la pandemia, empezó en marzo y en mayo estaba más dura, y, si mal no recuerdo, lo dices después de tu último capítulo, aparece en el libro, mayo de 2020, entre El Retiro y Madrid. ¿Qué es eso que te mueve a trabajar a Marco Aurelio?



«La imaginación es la brújula de la escritura literaria».

Pablo Montoya.

P. M.: En realidad, entre haber escrito sobre Ovidio y Marco Aurelio pienso que hay una gran diferencia; digamos que Ovidio me permitía meterme con mayor tranquilidad en ese personaje porque era un poeta expulsado del centro del imperio; entonces me sentía más cómodo en esa experiencia de la marginalidad, porque **me considero un escritor marginal** y siempre he pensado que quiero escribir desde las condiciones periféricas, marginales; en realidad escribir es una experiencia de la marginalidad.

Entonces, cuando me aproximó a Marco Aurelio, el primer obstáculo que encuentro es el emperador; pensaba: «¡Soy un escritor colombiano marginal, ¿cómo me voy a meter en la cabeza de un emperador romano, en el hombre más poderoso del imperio en el siglo II de nuestra era?» Entonces, me producía mucha dificultad eso y, sobre todo, cuando decidí escribir la novela en primera persona; eso me generó, confieso, bastantes dificultades.

A.V.: Claro, desde la marginalidad pero con los límites de un imperio...

P. M.: Exactamente, a eso quería ir. Entonces claro, inmediatamente encontré algo que me tranquilizaba y es que el Marco Aurelio que yo le presento al lector es un Marco Aurelio que está viviendo su último período en las fronteras del norte del imperio; está en un lugar limítrofe, está próximo a la muerte, está en un campamento militar, evidentemente, pero la experiencia de mi Marco Aurelio al escribir *su especie* de memorias es la experiencia del límite, del límite del poder, del límite de la existencia, del límite territorial e inclusive del límite de la muerte.

Entonces, esas condiciones, como dije ahora, me tranquilizaron y pensé: «Bueno, sí puedo meterme en ese



personaje, puedo escribir la novela», pero repito, me causó mucha dificultad; miren que no me causó dificultad el hecho de preguntarme o de imaginarme lo que significa administrar el poder, el poder de un imperio, en el sentido de que traté de documentarme lo mejor posible de cómo era ese imperio que administró Marco Aurelio. Inmediatamente me di cuenta de que ahí había otro motivo de relación mía, de conexión con esa época, finalmente, entre mi persona y el personaje de Marco Aurelio.

«¿Qué te mueve a tratar de explicar la vida de este hombre, de Marco Aurelio?».

Alejandro Villa.



Y es que son siglos de grandes crisis; la primera pandemia que se conoce en Occidente la capoteó Marco Aurelio, es una especie de viruela, de tifo, que diezmoó las legiones romanas y que es una de las causas, en realidad, de la decadencia que vendrá dos o tres siglos después del imperio. Un mundo sumergido en la guerra, que es el mundo nuestro, un mundo profundamente cosmopolita, es decir, conectado; claro, no con la conexión que tenemos ahora, que es virtual en gran medida y la que nos favorecen los medios de transporte; pero era un mundo, o sea Roma, el encanto de Roma o lo que genera Roma; para nosotros fue un imperio que se articuló a través de vías, de puentes, de la lengua, de las leyes, quizá la herencia más fuerte que hemos recibido de Roma es el Código Civil. No triunfaron las religiones paganas porque el cristianismo destruyó todo eso, arrasó con el imaginario pagano; en gran parte arrasó con él, no completamente, pero sí destruyó mucho de esa herencia que pudimos haber recibido, pero la gran herencia que recibimos es el Código Civil. Las lenguas, por supuesto: nosotros que hablamos una lengua latina o una lengua más bien romance; yo tengo un maestro que me dice

que el español es un latín un poquito sofisticado. Y, en realidad, el español le debe mucho al latín, muchísimo.

Entonces, esto de las guerras, de la crisis climática también, todo eso me pareció que conectaba claramente mi intención creativa con ese período; no me dio dificultad conectarme

con un mundo en crisis, puesto que

vivo en un mundo en crisis

y no me costó mucho

imaginarme o conocer cuál

era el concepto de paz que

manejaron los romanos,

que es una paz viciosa,

decía Tácito o alguien que

cita Tácito en *Los anales*,

o creo que es en el

texto que le dedica

a su suegro, que se

llama Agrícola. Hay

un capitán, creo que

es persa, no recuerdo bien

de qué origen era, pero

él dice que los romanos

llaman paz a la desolación.



Entonces, esa paz romana es muy complicada; es más o menos la paz que maneja la OTAN, por decir algo, o la paz que manejan los grandes imperios. Y esa es la peor herencia, finalmente, que hemos recibido de Roma: la militarización de las sociedades. Es decir, estoy convencido de que el *lobby* armamentístico que hoy sostiene el mundo es herencia romana, la burocratización de los ejércitos es herencia romana; la idea de que los poetas deben cantarles a las armas es herencia romana, herencia que recogen muchos escritores que vendrán después, entre ellos, el gran Cervantes; recordemos que en *El Quijote* hay un capítulo donde se canta a las armas. Bueno, en fin, no hay que cantar más a las armas; yo pienso que la novela mía también apunta a eso. Es una crítica al poder militar, es una crítica a la militarización de las sociedades humanas.

Y creo que me las ingení para establecer y para meter en la novela esa crítica. Entonces, no sé si he respondido a tu pregunta, pero es como para decirles que **fue un proceso creativo que no me separó del mundo actual, sino que me conectó profundamente con él**, pero reconociendo que venimos de una tradición literaria, tradición política, tradición cultural, tradición



«No me costó conectarme con la crisis del mundo romano antiguo, puesto que vivo en un mundo en crisis».

Pablo Montoya.

armamentística. Y me parece que el lector siente eso —por lo que me han dicho algunos lectores—; sienten que hay una comunicación continua o un diálogo entre el presente y el pasado.

A.V.: Así es, y como lo decías, Pablo, también ese narrador en primera persona, que es Marco Aurelio; yo veo una idea constante, lo repito, pues la concepción de poder, la concepción política, no solo en Marco Aurelio, sino en el ejercicio del poder de Roma en ese momento, a través de Marco Aurelio, pero también otros temas... La niñez o la juventud de Marco Aurelio, esa formación, esa vivencia de la Roma de ese momento que también recibe Marco Aurelio. El amor, lo que será el matrimonio, su esposa, sus hijos, la muerte. Entonces, **hay un fenómeno al principio del libro que me llamó mucho la atención y es el tema de la peste, de la plaga, de lo que estaba ocurriendo,** la aparición de un hombre de mucha edad y un niño que llegan a morir o a entregarse con otros hombres, con otras personas que han fallecido. Casi que no puedo seguir avanzando en el libro porque no era cualquier descripción, no

era un muerto más, no era cualquier persona, es también el modelo de ancianidad, es también la esperanza en un niño; tocan a Marco Aurelio —por lo menos así lo describes—, se siente conmovido también por ver a esas dos personas, un anciano y un niño, que es la presencia de la muerte, pero es también el sentido pragmático del romano de la época y de lo que recibimos de la tradición romana: la desesperanza en medio de una pandemia, de la peste o de la plaga y la renuncia a la existencia por la desesperanza misma; ya no hay nada que hacer, pero me parece muy importante;



la muerte, el amor y la desilusión están en el libro, pero también todo ese pensamiento estoico que está de principio a fin en medio de todos los valores o las ideas, que hoy también hay un resurgir —extraño o no— del estoicismo, no sé si por moda o por qué razón, pero aparecen nuevas concepciones, reinterpretaciones del estoicismo, yo no sé cómo asocian estoicismo con empresa, pero me he encontrado títulos de libros también de esa magnitud. ¿Cómo te las arreglas para empezar a construir esa historia en la que, a mi manera de ver, y lo hablo como lector, una constante es el poder, una constante es el estoicismo, pero cómo también hay un orden lógico, en retrospectiva si se quiere, hasta la muerte que es el último capítulo, por unos asuntos de vital relevancia? ¿Cómo logras organizar la secuencia de la novela?

P.M.: En realidad, cuando empecé a documentarme sobre Marco Aurelio y sobre su período administrativo, ese siglo II en particular, me encontré con un caudal de información impresionante; y ahí es cuando el escritor tiene que ser muy medido en lo que debe leer y en lo que debe coger para meter en el libro que

está escribiendo. Uno tiene que —de alguna manera— dejarse llevar por la intuición literaria. Yo quería contar la historia de un emperador que enfrenta un mundo en crisis; digamos que esa es la idea principal o primera que me hace dirigirme a Marco Aurelio.

A mí me pidieron durante la pandemia, apenas nos confinaron, un ensayo sobre literatura y pestes. Entonces, empecé a revisar las grandes obras de la literatura y de la historia desde la antigüedad hasta nuestros días que abordan este tema. Por supuesto, hay que partir de Tucídides en la guerra del Peloponeso, luego hay que ir a Lucrecio en *La naturaleza de las cosas*, en la que hay descripciones impresionantes de las pestes que tuvieron que vivir ellos, y luego me encontré con que la gran pandemia le correspondió capotearla a Marco Aurelio.

Entonces, ese fue como el detonador: «¡Qué bien!, me interesa». Yo acababa de publicar *La sombra de Orión*, que es una novela aciaga. Un amigo me contó que su hija de 13 años estaba leyendo *La sombra de Orión*. Y le dije: ¿Cómo hace?, ¿sí la entiende? Me dijo: «Perfecto, no ha habido ningún problema». Ese comentario me

cayó como un bálsamo; es decir, no significa que mi novela deje de ser aciaga, sigue siendo aciaga, es una novela durísima y yo quería desprenderme de esa circunstancia tan difícil que significa la desaparición forzada y liberarme un poco del agobio, aunque agobio es una palabra muy sencilla para describir lo que significa meterse en el túnel oscuro de la desaparición forzada en el que se vive en Colombia. Yo me metí en ese túnel, es un túnel terrible.

Entonces, cuando terminé *La sombra de Orión* dije: «Tengo que salirme de este túnel, comple-



«¿Cómo logras que una historia entrelazada con el poder y el estoicismo mantenga su coherencia interna?»

Alejandro Villa.

tamente, al menos a nivel creativo»; y encontré la posibilidad de hacerlo a través de Marco Aurelio; Marco Aurelio me saca de la desaparición forzada, pero me mete en la pandemia y en la crisis de sanidad, en la crisis del autoritarismo, en la crisis de los Estados neoliberales capoteando el problema de la salud. Entonces, decía: «¿Qué diferencia hay entre Marco Aurelio cuando capotea esa crisis y los alcaldes, los presidentes del mundo nuestro?». Creo que hay una gran diferencia, claro; ambos dirigentes del siglo II y del siglo nuestro se preocupan en principio por nosotros, pero creo que los de nuestra época sí se preocupan teniendo en cuenta la dirección de las grandes multi-



nacionales de la farmacéutica, mientras que Marco Aurelio no se ocupó de eso; él se ocupó simplemente de la gente más miserable, la gente más desvalida. Entonces, lo que trato de abordar en el primer capítulo es un emperador que está en el Senado, que está vendiendo sus bienes para obtener dinero y ayudar a las personas más golpeadas por la peste que recorre la ciudad de Roma; es una Roma de más o menos un millón de habitantes que por la peste tenía casi dos mil muertos diarios, es una gran cantidad de gente.

Cuando uno se enfrenta a la vida de Marco Aurelio, que es lo que yo quería contar también en la novela, reconoce dos fuentes principales: *Meditaciones*, que es un libro capital de la filosofía estoica y que a mí me sirvió muchísimo, no solamente porque mi novela está atravesada de reflexiones, de meditaciones, sino porque el libro está dividido en doce partes; y esa división me hizo entender que mi novela debía estar dividida en doce partes, me limitó el territorio porque yo estaba, en principio, un poco perdido ante tamaña extensión de la información. Y al saber que iba a escribir doce capítulos, empecé a pensar: «¿Qué voy a escribir en cada capítulo?», de tal manera que cuando comencé a escribir



«Hay un capítulo en el que el símbolo de la libélula refleja la capacidad de asombro y la sensualidad».

Alejandro Villa.

la novela, ya tenía el esqueleto armado de esos doce capítulos: «La gran plaga», «La desnudez y la libélula», «La adopción»... Empecé, y ya con ese esqueleto se me volvieron las cosas, entre comillas, más fáciles, a nivel creativo, a nivel investigativo.

Entonces, *Meditaciones* tiene un primer capítulo que es muy raro. El libro fue escrito para nunca ser publicado; es un libro armado, no por Marco Aurelio, sino por las personas que recibieron ese manuscrito. **Entonces, el primer capítulo es muy especial, porque es un homenaje**

que él hace a sus familiares y maestros; en modo corto, preciso, contundente, él va citando a unos personajes y uno se pregunta quiénes fueron esos personajes. Ahí viene el trabajo de la investigación, el trabajo de leer las biografías, sobre Marco Aurelio. Yo leí como siete biografías.

Yo estudié en Francia, hice un doctorado allá, y la marca de este es una tesis que hice un poco enciclopédica; y me ha servido mucho para capotear estas investigaciones y así escribir mis novelas. Entonces, la información es enciclopédica y tiene que ser enciclopédica. Pero a la hora de escribir, hay que filtrar todo eso por la imaginación literaria, repito.

Entonces, en *Meditaciones*, en ese primer capítulo, Marco Aurelio nos dice quién fue su mamá, o qué agradece de su mamá, de su papá, de su abuelo, de su bisabuelo, de sus maestros estoicos. Lo que yo hago en la novela es agrandar, extender, ampliar esas dos o tres líneas que le dedica a cada uno de esos personajes. O sea, darles carnalidad a ellos, que es la labor del novelista, finalmente; no del historiador, sino del novelista.

Y eso hago en buena parte de la novela. Hay personajes inventados, por supuesto, hay escenas inventadas, no faltaba más. Por ninguna parte, por ejemplo, se dice que Marco Aurelio fue músico, pero sí se dice en *Historia Augusta* que estudió música como parte de su formación como noble.

Y en la novela hay reflexiones de Marco Aurelio sobre la música, pero esas reflexiones no son de un romano del siglo II, son de un romano que retoma ideas del siglo XX. O sea, Marco Aurelio cita conceptos musicales que vienen de Stravinski, por ejemplo. La novela está llena de anacronismos porque yo pongo a dialogar el pasado con el presente, y una de las maneras de hacerlo es a partir de anacronismos. Ahora, hay que hacerlo de tal modo que el lector no se dé cuenta del anacronismo.

Hay un Marco Aurelio en las *Meditaciones* que es un personaje melancólico, un poco pesimista, oscuro, a pesar de los ejercicios que él propone de resistencia, de dignidad, de fortaleza ante todos los embates de la historia y del mundo. Pero Marco Aurelio, por ejemplo, en *Meditaciones*

habla mal de los libros, dice: «¿Para qué leer tanto? ¡Basta de libros! ¡Confórmate con lo sencillo, con lo especial, con lo preciso que te da una sentencia estoica! ¡No leas más!»; pero en Marco Aurelio hay una segunda fuente que son las cartas que él compartió con su maestro Frontón, un chico de 20, 25 o 30 años que está enamorado de los libros, que ama la poesía, que escribe poesía, que quiere ser filósofo; quiere ser un estoico, pero coquetea con la poesía. Entonces, a ese Marco Aurelio no hay que desconocerlo y por eso en la novela muestro a Marco Aurelio también preocupado por los libros, preocupado por lo sensual. Porque es muy tremendo que Marco Aurelio, ese que hemos recibido nosotros a través de los biógrafos y los historiadores, sea un Marco Aurelio tan santo, tan insensible, parece un hombre que no sintiera. Yo le doy sensualidad a Marco Aurelio, me arriesgo a eso, como para darle más, como para bajarlo de esa estatua en la que lo han puesto. Pero hay mucho, repito, hay mucho de cosas inventadas por mí.

Es un Marco Aurelio muy libre, está muy sometido a veces al misterio, pero siempre hay pasajes en que es un Marco Aurelio que se libera un poco de esa impronta tremenda que han dado la historiografía y la historia de la filosofía sobre él.

A.V.: Pablo, en el capítulo de «La desnudez y la libélula» en esa línea de lo que nos cuentas, me llamaron mucho la atención esos dos símbolos que recogen un poco esa capacidad de asombro, esa primera fase sensual, erótica, de la desnudez, pero, por otro lado, la capacidad de asombro que se despierta a partir de la libélula.

P.M.: Es que mira, ese capítulo es muy inventivo. Particularmente, yo le transmití a Marco Aurelio experiencias mías. La primera contemplación que tiene Marco Aurelio de una mujer desnuda es en un baño y es, más o menos, lo que yo viví cuando era un niño, cuando vi la primera mujer desnuda en un baño, ese impacto tan tremendo que sentí; además, fue algo en mi propia experiencia, y que también se lo transmito a él; es una mujer que se está bañando y que está cantando. Yo me subo a un techo, había cumplido 6 años; mi hermano mayor me regaló un billete de un peso, pero me lo envolvió en un papel y me lo tiró al techo y



me dijo: «Ve por él que ese es el regalo que te voy a dar». Entonces, subí al techo a recoger el regalo y escuché una voz de alguien que estaba cantando y empecé a rastrearla y esa voz me llevó a un agujero, miré y vi a la mujer desnuda bañándose y cantando.

Eso es lo que yo le transmito a Marco Aurelio, más o menos igual. En Marco Aurelio es una esclava que él después intenta reconocer, porque no ve el rostro, ve solamente el cuerpo desnudo, pero esa vivencia de la desnudez está asociada a la música. Está asociada al canto.

A.V.: Así es y está muy presente también en tu obra, como lo decía ahora; la presencia de la música, no solamente en *La escuela de música*, sino en otros textos.

A propósito, Pablo, quería que nos contaras: hay una mezcla o combinación entre datos históricos, imaginación del escritor, de quien escribe, de asuntos de tu vida, de tu experiencia, también el ojo de la crítica, ¿cierto?, porque hay unos asuntos muy complejos, y no sé si perversos, de esos cánones literarios y



«No quería hacer una loa ni de Marco Aurelio ni de Roma. Mi intención era presentar una visión crítica tanto del personaje como de la ciudad imperial».
Pablo Montoya.

purismos, si se puede decir de cierta manera, las formas de entender la historia, la tradición, Roma, una biografía de Marco Aurelio.

¿Cómo entender eso? Defender desde una posición ética y estética, desde un escritor marginal, como nos comentabas ahora, pero entendiendo también que hay una crítica, o hay unos lectores que pueden entenderse también con un rigor desde el canon histórico. ¿Cómo abordar también esa visión? ¿Cómo enfrentar la crítica? Porque no es un tratado de historia, no es un ensayo sobre historia; apela a la historia, apela a *Meditaciones*, a las cartas, y seguro también en eso que nos contabas ahora, de lo que debe hacer un escritor en términos de imaginación, pero también de documentarse, de investigar, de viajar... ¿Cómo asumir una postura sensata frente al escritor que está entendiendo de otra manera la obra?



P. M.: Yo no quería hacer una loa de Marco Aurelio ni hacer una loa de Roma; no quería eso. Quería, más bien, en algún momento de la novela, plantear también una visión crítica, tanto del personaje como de la Roma imperial. Entonces, no sabía muy bien cómo meter esa crítica en un principio, pero poco a poco se me fue apareciendo un personaje que es como un *alter ego*, una conexión mía, que es un amigo íntimo que tiene Marco Aurelio: Livio. Livio Tertulo, así se llama, es un personaje de la nobleza romana; es amigo de Marco Aurelio y han pasado la infancia juntos, han construido una amistad de lealtad y de respeto, pero tienen visiones muy distintas frente a lo que debe ser el poder, la paz y la guerra.

Entonces, Marco Aurelio visita a ese amigo antes de irse finalmente a las fronteras de la muerte, a hacer la guerra a los bárbaros y a morir por la peste. Uno de los capítulos de la novela narra la visita que le hace Marco Aurelio a su amigo, ahí en las proximidades de Roma, en Túscolo. Túscolo era una aldea donde vivieron grandes pensadores romanos; Cicerón, por ejemplo, vivió en Túscolo y tiene unos debates, un libro que se llama *Debates tusculanos* y es muy interesante porque muestra la dimensión intelectual de estos personajes romanos.

Entonces, a mí se me ocurrió meter a una especie de personaje, que es un noble, que es rico porque ha heredado tierras de sus padres, que tuvo una carrera política en el Senado romano, pero que termina concluyendo que la política de Roma está viciada por la guerra. Es una especie de pacifista radical, incondicional.

Imagínense lo que podrían hablar un radical pacifista, una especie de escéptico romano y un estoico, guerrero, como es Marco Aurelio. El debate que se produce entre los dos, me parece a mí, muestra esa crítica que quería

hacer. ¿Es posible eso? ¿Es posible que en la Roma del siglo II existiesen nobles romanos críticos de la guerra? ¡Claro que sí! Ha habido críticos de la guerra desde los profetas semitas. Jesucristo, si es que existió, era un pacifista. Y hay una serie de personajes muy interesantes en Roma, así que hay que investigarlos; hay que seguirles el rastro para entender que **sí había críticas muy fuertes a la política imperial en el interior de Roma; que era una política —recorédmoslo— basada en las conquistas guerreras, en el sometimiento a los otros.**

Ahora, los romanos decían, o Cicerón decía: «Hagamos las conquistas pero hagámoslas mansamente». **La pregunta es: ¿se puede hacer una conquista imperial a partir de la mansedumbre?** ¿Es posible? Porque Cicerón decía: «Hagamos las conquistas apoyándonos en la cultura romana; empleemos las armas en casos extremos».

Entonces ahí se comienza a perfilar desde Roma misma; o sea, Roma es el paradigma de la guerra, es el paradigma de la conquista, es el paradigma del imperio, es el paradigma del sometimiento. Un sometimiento que, por supuesto,

permitía la libertad de cultos religiosos, por ejemplo. Cosa que los cristianos, los musulmanes y los judíos extremistas no han permitido.

Hay que establecer también diferencias entre Roma y las religiones monoteístas. Pero entonces, esa crítica que se hace es una crítica que también la propone Roma, que es la Roma que logra entender que es a través de la paz, y de un respeto a un código civil humano, como es posible crear una civilización más amable.

Pero bueno, son muy poquitos los romanos que hablaron de eso. Uno de esos que yo me inventé a partir de figuras que encontré en mis lecturas es este amigo de Marco Aurelio; y es mediante esa conversación larga, en la que se debate profundamente, pero con respeto, cuando introduzco la crítica tanto al emperador como a Roma misma.

A. V.: Pablo, quisiera que nos contaras un poco dos elementos muy importantes. El libro va y viene: la pandemia, el momento de la que estamos viviendo y que estabas viviendo para

empezar el desarrollo de la obra, y el bárbaro romano como el peligro que puede derrumbar el imperio o ponerlo en riesgo; la barbarie también como expresión de ese bárbaro. ¿Cómo se entiende desde el hoy? Una cosa es la tradición romana y el bárbaro, las guerras, las invasiones bárbaras, pero también tu análisis de esa evolución del bárbaro romano al bárbaro del presente. ¿Cómo lo explicas?

P. M.: Bueno, los bárbaros con los que se enfrentó Marco Aurelio al norte del imperio eran bárbaros que estaban buscando...



«Marco Aurelio está convencido de que él representa el avance de la humanidad reflejado en Roma».
Alejandro Villa.

A.V.: Pablo, perdón, porque Roma, para ubicarnos en el espacio, era Europa, una parte de África, otra porción de Asia; más bien al contrario, pero ese era el mundo.

P.M.: Claro, el mundo era el Imperio romano era, digamos, toda la Europa actual.

A. V.: Hablamos, pues, del siglo II.

P. M.: Eso. O sea, desde Gran Bretaña hasta lo que hoy es Italia. Luego vienen las provincias romanas del norte de África, de lo que hoy es Siria y Turquía, que también estaban romanizadas; los romanos no llegaron hasta Mesopotamia, no se metieron en la India; hasta ahí llegó Trajano, por ejemplo. Él no quiso conquistar la India. Adriano, que sucedió a Trajano, dice: «No, no más conquistas expansivas». Y luego viene Egipto; todo el norte de África —recordémoslo— era romano y había unos pueblos muy peligrosos y conflictivos, que estaban ocupando lo que hoy es Austria,

Alemania, Polonia y Hungría. Esos pueblos, que eran muchos, estaban de alguna manera invadiendo a Roma, pero con la idea de que Roma los aceptara y les diera tierras para cultivar, para trabajar. Pero los romanos eran muy complicados, muy puristas; los romanos, al menos desde la época de Marco Aurelio, tenían muchas trabas frente a la idea de crear provincias para los bárbaros.

Es un poco lo que pasa ahora con los inmigrantes que van a Europa, que van a Estados Unidos; ¿a qué van?, a buscar trabajo, a buscar unas mejores condiciones de vida. Digamos que esos bárbaros del norte de Marco Aurelio también estaban buscando eso y la política de este consistía en crear dos nuevas provincias para esos pueblos; estaba negociando con eso y a punto de lograrlo cuando se muere y él le dice antes a su hijo «Cómodo: continúa con mi política». Pero Cómodo, que estaba muy nostálgico de Roma, y que era un sibarita, finalmente decide acabar con eso, interrumpir esa guerra. ¿Qué significan esos primeros años de Cómodo? Logra que el imperio romano económicamente se estabilice, porque hemos tenido la idea de que Cómodo era un terrible

emperador, pero el terrible es el que viene después. Pero el de los primeros años, como acaba esa guerra que estaba consumiendo tanto dinero —la de su padre— la economía del imperio se equilibra en cierta medida. Ustedes saben que siempre es peor la guerra que la paz, eso es evidente. Entonces, yo pongo a reflexionar a Marco Aurelio sobre dos entidades que son las que finalmente van a provocar la caída del imperio; el primer grupo conflictivo son los bárbaros; esos bárbaros, doscientos años después, en el siglo IV, entran a Roma y la devastan, con Alarico. Y ahí se acaba ese imperio; se forma otro que es el imperio de dos cabezas, el de Bizancio y el de Roma. Pero eso ya es otra Roma muy diferente, digámoslo así. Y el otro grupo conflictivo que también propicia la caída de Roma son los cristianos.

Ahora bien, ¿cómo hablar sobre bárbaros o de cristianos? También fue una cosa muy complicada para mí imaginarme a Marco Aurelio haciendo una especie de valoración de los bárbaros, considerando que son personajes

(en cierta medida) con cultura, que hay que negociar con ellos la paz. Pero si quieren entrar a Roma y apoderarse de lo nuestro, y sobre todo cuando los bárbaros quieren cambiar el modelo civilizatorio de Roma e imponer el de ellos, Marco Aurelio dice que no porque está convencido de que él representa el avance de la humanidad reflejado en Roma; está convencido de que el sistema de código de leyes de Roma es un avance de la humanidad; está convencido de que el estoicismo es un avance de la humanidad, de que el estoicismo está favoreciendo la disminución de la esclavitud, de que el estoicismo ayuda de algún modo y de que su Gobierno ha ayudado a la tolerancia. En la época de Marco





«Contrario a los políticos actuales, Marco Aurelio es un tipo de letras, un filósofo, un hombre de conocimiento».
Pablo Montoya

Aurelio, hasta donde averigüé, no hubo ningún senador asesinado por él mismo. O sea, aceptó la oposición.

Entonces, era un personaje políticamente muy interesante para nuestros tiempos. No era un payaso, como hoy estamos llenos de payasos; no era un tipo iletrado, casi todos los políticos del mundo actual son iletrados, mientras que Marco Aurelio era un filósofo. Y recordemos que muchos historiadores dicen que, con Marco Aurelio, por fin la república o el imperio estaban siendo gobernados por un hombre de conocimiento. Y por eso su amigo Livio le dice: «Oye,

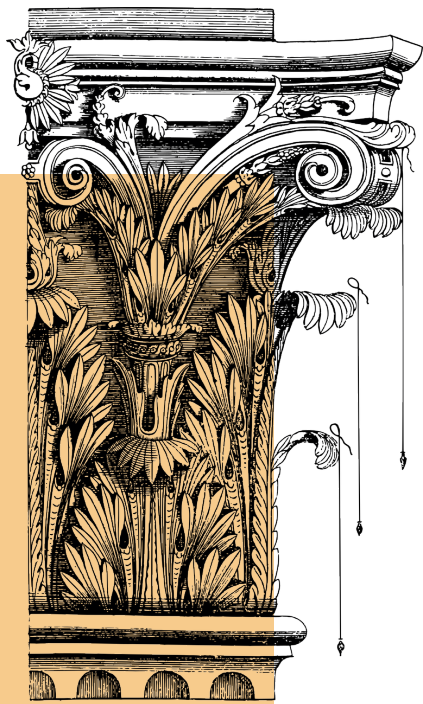
pero tú eres un filósofo; y estábamos pensando que contigo el imperio iba a transformarse radicalmente. ¿Por qué no vas a abolir la esclavitud? ¿Por qué permites los juegos en el circo y el derramamiento de la sangre? ¿Por qué persigues a los cristianos?».

Y ahí se arma un debate impresionante. Marco Aurelio le dice: «¿Pero cómo voy a abolir la esclavitud? La esclavitud no se puede abolir de un día para otro»; Bolívar no lo pudo hacer cuando se tomó el poder, cuando prometió la abolición de la esclavitud en Colombia. ¿Por qué no lo hizo?, porque tenía la presión de todos los terratenientes de Popayán, de Antioquia, de Santander, de Santa Fe de Bogotá, de Boyacá. Todos esos grandes ricos impidieron que Bolívar hiciera la abolición de la esclavitud. Se hizo casi veinte o treinta años después.

Sí, una cosa es el utópico y otra cosa es el gobernante. Una cosa es el escritor que imagina el poder y otra cosa es ejercer el poder. Entonces, puede haber cierta ingenuidad en el diálogo en la medida en que Livio le dice a Marco Aurelio: «Transforma el mundo, ya que tú eres un hombre de conocimiento y un filósofo». No, es

que el mundo no se transforma, el mundo está en manos de poderosos terribles y siempre ha estado en manos de ellos. ¿Cómo controlarlos? ¿De qué manera bajar el *lobby* armamentístico actualmente? ¿Cómo decir a los europeos que sí, que defendemos la noción de Europa que ellos proponen, pero sin armas? Ah, sí, esa democracia es muy interesante, esa apertura de los países de la Comunidad Europea, que hace 70 años se mataban y ahora dialogan

como hermanos, es respetable. Pero una democracia o una Comunidad Europea basada en la guerra, en la OTAN, basada en la política antimigratoria, basada en la venta de armas; a mí esa democracia europea no me interesa, no la apoyo; mejor dicho, no me debato por ella.



Pero hay que leer a todos los periodistas de *El País*, de España, a toda la prensa española y francesa y toda esa gente defendiendo una Comunidad Europea que es muy interesante por ciertas cosas, pero al final uno dice: «Esa comunidad no funciona porque quiere la opulencia para ellos y quiere mantener en el sometimiento a los demás países que antes fueron sus colonias».

A. V.: Y no es la paz perpetua de Kant.

P. M.: Ah, no, la paz no es esa paz, son paces utópicas: la paz de Erasmo de Rotterdam, la paz de Kant, la paz de Tolstoi, la paz de Hermann Hesse, la paz de Bertrand Russell; son muy importantes esos movimientos pacifistas, pero hasta qué punto han logrado controlar el poder armamentístico de los grandes imperios de ahora. Usted ha leído a García Márquez y el famoso discurso que él escribió que se llama «El cataclismo de Damocles», de 1986, donde le piden una reflexión sobre el mundo bipolar de la Guerra Fría. Y lo que dice García Márquez es impresionante; o sea, el poder armamentístico

en esa época tenía la capacidad de acabar con la Tierra y con el sistema solar. Ahora, ¿qué no podrían acabar los guerreros de hoy? Entonces, creo, para terminar, que la novela mía, la novela que escribí, plantea una reflexión pacifista que debe estar asociada, sin duda alguna, al poder.

Alejandro y Pablo, en el momento final del diálogo antes de la firma de libros del autor.







Conversaciones en la U

Se emplearon las fuentes tipográficas
Caecilia LT Pro 11 puntos y Josefin Sans 12 puntos.

«NO ME SORPRENDE LA
INTERRUPCIÓN DE MIS SUEÑOS: DE
TAN SUAVES QUE SON, CONTINUÓ
SOÑÁNDOLOS POR DETRÁS DEL
HABLAR, ESCRIBIR, RESPONDER, E
INCLUSO CONVERSAR».

Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*.



Institución
Universitaria
Reacreditada en Alta Calidad



Editorial
ITM



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación